

Burdiel, Isabel, *Isabel II*.  
*No se puede reinar inocentemente*,  
Madrid, ed. Espasa-Calpe, 2004.

Dardé, Carlos (dir.),  
*Liberalismo y romanticismo en tiempos de Isabel II*  
(Catálogo de la Exposición,  
Madrid, marzo-junio 2004),  
Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones  
Culturales / Ediciones El Viso, 2004.

Pérez Garzón, Juan Sisinio (ed.),  
*Isabel II. Los espejos de la reina*,  
Madrid, ed. Marcial Pons, 2004

La percepción de los centenarios en el ámbito académico ha podido asemejarse a la de aquellas obligadas visitas a la familia en fechas señaladas: protocolarias, forzadas, superficiales, en las que se trataba, tan sólo, de cumplir el expediente y ventilarlas cuanto antes para retomar las actividades y ocupaciones interrumpidas con tan latoroso compromiso. Bajo dicha óptica, bien poco podía esperarse de la llegada de ciertas fechas que, por las veleidades del caprichoso calendario, obligaban a cumplimentar alguna efeméride o conmemoración en relación con determinados episodios o personajes de nuestra historia. Sin embargo, en este tipo de «citas» con el pasado histórico se ha operado, en buena medida, un notable cambio de perspectiva a través del cual el escepticismo y la resignación tradicionales han dado paso a crecientes inquietudes y a una renovada ambición interpretativa para dotarlas de mayor contenido y potencial explicativo. Así, algunas de las últimas «visitas» han podido ser planteadas desde perspectivas bien distintas. Pensadas y preparadas con antelación, la lle-

gada de la otrora inoportuna fecha ha sido esperada ahora incluso con avidez para dar a conocer las principales líneas de investigación abiertas con anterioridad y debatir las conclusiones nacidas de un análisis sosegado y riguroso de la cuestión abordada.

Éste es el caso de Isabel II y del centenario de su muerte, al que hemos tenido que rendir visita a lo largo del 2004. La cita, ineludible, no ha formado parte de aquella cortesía historiográfica puramente formal y vacía de contenido pero tan al uso. Muy al contrario, ha mostrado una notable capacidad de convocatoria para que concurrieran en ella diferentes esfuerzos de aproximación biográfica que llevaban ya algunos años en curso y han podido darse ahora a conocer en beneficio de un mayor conocimiento acerca de nuestra primera reina constitucional y de las circunstancias que marcaron la evolución política, económica y social de su reinado. En este caso, el compromiso no estaba exento de prejuicios previos. A la tradicional «mala prensa» que arrastraban esta suerte de conmemoraciones se le

unía el descrédito, aún no del todo superado, hacia la biografía como género historiográfico. No en vano, esta forma de reconstrucción histórica, que se perfila mucho más allá de los contornos individuales del propio biografiado, comienza a salir de aquel desdén y menosprecio que sufrió durante años y parece emerger como uno de los cauces más legítimos para repensar y reinterpretar problemas y cuestiones en torno a personajes que estaban verdaderamente mal-tratados (en cualquiera de los sentidos) o, simplemente, arrinconados. Si, además, el personaje objeto de una biografía forma parte de la realeza, como es el caso, las sospechas acerca de la complacencia acrítica se multiplican para desolación del osado historiador que pretende ir algo más allá.

Las tres propuestas de acercamiento a Isabel II en el año del centenario aquí consideradas, que resultan ser, además, los frutos editoriales más sobresalientes al respecto, empiezan por desafiar de una u otra manera las aludidas desconfianzas iniciales. Todas responden a criterios científicos irrefutables y adquieren una virtualidad innegable para reenfocar juicios y valoraciones historiográficas sobre el personaje y la época isabelina. Aunque es fácil colegir que nos encontramos ante trabajos de naturaleza e intencionalidad muy diversa, no es menos exacto concluir que cada uno, en su planteamiento, se atiene puntualmente a los deseables cánones de solidez y eficacia explicativa. De ahí que acaben ofreciendo visiones y enfoques complementarios, de los que se beneficia y aprovecha el interesado lec-

tor, que en este caso, por cierto, debería extenderse más allá del estrecho círculo de los habituales especialistas.

Empezando, pues, por un acercamiento a sus coordenadas biográficas, hay que anticipar que el análisis más exigente y de más profundo aliento investigador lo encontramos en el delicioso libro de Isabel Burdiel, fruto de algunos años de concienzudo trabajo de recopilación documental, que ahora encuentra la luz. Su propuesta responde a lo que podemos hoy reclamar a una biografía moderna y revitalizada: sugerentes preguntas e interrogantes iniciales como traspaso de problemas o cuestiones generales explícitamente formuladas, documentación inédita, bien armada y engarzada con toda la bibliografía disponible, y avances o envites interpretativos que abren el terreno para la reflexión y la discusión. Es, sin duda, la que más se ha acercado, de forma muy consciente, creo, a la mismísima piel de Isabel, y no sólo en calidad de reina sino como ser humano, como mujer. De ahí que, en lugar de conformarse con aquellas facciones maquilladas y amables de los retratos oficiales, se atreva a descubrirnos también las arrugas y las cicatrices que quedaban por debajo. El mimado hilo narrativo nos envuelve y nos devuelve a la atmósfera palaciega en la que se crió y se educó la reina, permitiéndonos percibir el aire, más o menos viciado, que ella respiraba y los frecuentes accesos de tos que aquél le iba provocando.

La exhaustiva e intimista reconstrucción de la formación y educación de la que estaba llamada a ostentar la corona desde que se veri-

ficara el favorable desenlace de la Guerra Civil dinástica está encaminada, además, al esclarecimiento de la compleja relación política entre la Monarquía y el liberalismo en el tramo decisivo del asentamiento del Estado liberal en nuestro país. Es en este punto, crucial a la hora de la valoración de la reina y su reinado, donde se avanzan las observaciones y advertencias más llamativas. La profesora Burdiel se anima a cuestionar la tradicional carga de la culpa y de la prueba sobre los hombros de la reina al interrogarse por la capacidad concreta y efectiva de la corona (su grado de posesión de *agency*) para independizarse de la tupida red de influencias e inercias partidistas que ahogaron la pretendida función arbitral requerida. La impresión final que nos llega es la de que la reina dispuso, casi siempre, de una escasísima capacidad de maniobra y su pretendido poder quedó en la práctica permanentemente «secuestrado». En esa confusa intersección entre su vida privada y su actuación pública oficial como reina, Isabel II se nos muestra casi siempre como «espectadora de su destino», cuyas bridas quedaban al cuidado de las poco recomendables manos de su madre, María Cristina (y del *factotum* Fernando Muñoz), de su marido, Francisco de Asís (y su «llagado» entorno), o de las ambiciones de ocasionales «cocheros» que pululaban por Palacio con botas altas y uniforme.

Muy en relación con estas nocivas interferencias, las célebres «camarillas», tan bien caracterizadas en el libro, se atiende igualmente a otro de los inevitables polos de interés de la actuación de la reina

que no puede pasar desapercibido: su traumática relación con el liberalismo progresista. En este espinoso asunto, que lastró con seguridad la evolución política y la consolidación de la monarquía constitucional isabelina, se pone acertadamente de relieve la percepción de la «doble desconfianza» (permítasenos la expresión) entre la reina y los progresistas, labrada por cierto a través de diferentes gestos y actuaciones inamistosas que se fueron superponiendo con perniciosos efectos finales no deseados. Junto a las conocidas prevenciones de los progresistas, alimentadas por el «ostracismo» político sufrido (amarga y recurrentemente lamentado), la mirada de Isabel Burdiel acierta a descubrir también los «sustos» y desengaños interiorizados en la familia real con motivo de los bruscos «arreones» progresistas de agosto de 1836, 1840 y 1854 (aparte del «fabricado» forcejeo de 1843), que llegaron a ser interpretados en Palacio en clave de amenaza para la propia supervivencia de la dinastía. La incomprensión mutua, justificada a la luz de ciertos escenas y episodios muy reveladores (Espartero, «en cama vomitando y con la orina dificultosa» al sancionarse la Ley de Ayuntamientos, o Isabel, presa del pánico, llorando, «a punto de un ataque de nervios», ante ciertas maniobras esparteristas en las jornadas de julio de 1854), terminó marcando el imparable ritmo revolucionario del progresismo en el último tramo del reinado. Es precisamente este período el que, para decepción del lector, queda ya fuera de la presente biografía, aunque las pistas para intuir el desenlace del

68 aparecen diseminadas a lo largo del recorrido realizado. La propia autora nos tranquiliza, anunciándonos una segunda parte, de próxima publicación, que debería cerrar el brillante camino trazado.

A costa de perder intensidad biográfica, los otros dos trabajos permiten, sin embargo, un acercamiento más matizado y multidisciplinar al conjunto histórico representado por el reinado isabelino en sus diferentes manifestaciones. El Catálogo de la Exposición que albergó el Museo Arqueológico Nacional entre abril y junio responde con fidelidad al esfuerzo representado por la magnífica colección reunida bajo la dirección de Carlos Dardé y la asesoría artística de Pilar de Miguel. La calidad editorial del Catálogo supera todas las previsiones. En sus cuidadas páginas no sólo puede encontrarse referencia puntual del origen y significado del variado repertorio de pinturas, esculturas, documentos, libros, mapas y todo tipo de objetos expuestos sino que se ha aprovechado el impulso para contextualizar los dos grandes polos de atracción de la conocida como época isabelina: liberalismo y romanticismo, a través de un escogido ramillete de artículos a cargo de reconocidos especialistas en los temas abordados. Dado que se ha optado, con acierto, por integrar la imagen de las diferentes piezas de la muestra entre los propios textos científicos (sin menoscabo de la inclusión al final de la obra de la ficha técnica y artística de cada una), el resultado final aúna belleza visual y eficacia explicativa.

Aunque, como parece probado, ni la reina ni su entorno familiar

fueron nunca liberales, la época (y no sólo en nuestro país) sí lo fue, de manera que varias de las colaboraciones inciden en la caracterización del liberalismo isabelino. Precedidos de una muy oportuna aproximación al contexto europeo (Octavio Ruiz-Manjón) que permite apreciar, por ejemplo, el ostensible desfase entre el papel jugado por nuestra soberana y el desempeñado por otros monarcas constitucionales, como la incombustible reina Victoria en las islas, se otorga atención preferente a la tortuosa experiencia de nuestra revolución liberal. De nuevo, se repara en la imposibilidad de un sistema estable en el que pudiese verificarse una alternancia política sobre la base del respeto a la institución monárquica y a un consensuado texto constitucional. Si bien Luis Garrido Muro sitúa el que podría considerarse kilómetro cero de semejante construcción política en la sustitución del gabinete progresista de Bardají por el moderado de Ofalia bajo el manto común de la Constitución de 1837, el desarrollo posterior echó por tierra este tipo de recambios normalizados que hubiese ensanchado y asentado la base política de apoyo a la corona. En su defecto, la cuestión sigue ahí: ¿a qué se debió el paulatino extrañamiento del liberalismo progresista? No se avanzan respuestas concluyentes, pero los reproches al progresismo («en lugar de integrarse en el sistema, se marginó completamente del mismo» —C. Dardé—, «[su] discurso era victimista, revolucionario y con una fuerte carga de superioridad moral» —J. Vilches—) conviven con la denuncia del creciente e insoporta-

ble autoritarismo de los moderados frente a la línea integradora del unionismo de O'Donnell (aunque tampoco supusiese esta fórmula la solución definitiva al problema de gobierno arrastrado).

Uno de los méritos más celebrados de la Exposición (y, por tanto, inmortalizado en el Catálogo) se concreta en la ambiciosa caracterización visual de la imagen de la reina. Desde los conocidos retratos pictóricos firmados por los Vicente López, Esquivel o Madrazo, con mención especial para el imponente Winterhalter inicial, pasando por la valiosa colección fotográfica que permite un detallado seguimiento biológico de la soberana a través del privilegiado objetivo de Disdéri, Clifford, Ángel Alonso Martínez, Laurent, Barcia o Nadar, hasta la frescura de las escogidas caricaturas, como aquella en la que Isabel, camino del exilio parisino, aparecía en la portada de *Vanity Fair*, todo el recorrido iconográfico resulta espectacular.

Algunas de las imágenes de la reina dejan traslucir una estética romántica que, en sus diferentes vertientes, constituye el otro gran nodo de contextualización de la época isabelina. Concediéndole carta de naturaleza a aquella percepción según la cual la atmósfera de la reina parece encajar mejor en el romanticismo que en el liberalismo, se concede amplio espacio y adecuado tratamiento a todas las ramificaciones de la densa y colorista cultura romántica española. En ella convivían las tradiciones y pervivencias más arraigadas, tan del gusto de los viajeros extranjeros, y los indicios de importantes transformaciones sociales y econó-

micas en curso, que la lucidez de Antonio Flores sintetizó, a la altura de 1850, en su *Ayer, hoy y mañana, o la fe, el vapor y la electricidad*. Por esto mismo, el repertorio de las cuestiones tratadas se enriquece con todos los matices deseables. Los nuevos ritmos de la economía española y las principales reformas dinamizadoras, las modificaciones urbanas, los cambios demográficos y sociales, la identidad nacional, los particularismos locales, la literatura, la pintura o las recreaciones del pasado completan un sugerente mosaico, en el que no falta una intimista visita a los espacios domésticos del palacio isabelino.

Con todo este bagaje, podría pensarse que nada nuevo acerca de la reina y su reinado podría ya apuntarse. Sin embargo, aún podemos descubrir nuevos espejos en los que confrontar imágenes alternativas o complementarias. Para ello, deberíamos sumergirnos en la selecta compilación al cuidado de Juan Sisinio Pérez Garzón, que ofrece una serie de trabajos muy bien delimitados y con vocación de adentrarse en ciertos sectores o realidades presentes en la época isabelina, peor atendidas, aunque igualmente portadoras de significación sustantiva acerca de lo que representó su reinado y su época. Cuestiones como la relación de la reina con la tradicional tutela de la Iglesia Católica (Emilio La Parra), con la esclavitud y los turbios negocios antillanos (José Antonio Piñeras), con las culturas políticas extramuros del liberalismo oligárquico, caso del carlismo (Pedro Rújula) y el republicanismo (Rafael Villena), o, simplemente, con los pobres y los más desasistidos de la

sociedad española de la época (Pedro Carasa), por citar sólo algunas, nos sitúan en perspectivas y modos de mirar bastante menos explorados.

En las diferentes aportaciones conviven, asimismo, versiones más amables con otras de mayor crudeza. Estas últimas representan, en concreto, un terreno, sin duda, más propicio para reparar en zonas de penumbra o «ángulos muertos» que no siempre son tenidos en cuenta a la hora de maniobrar o transitar por la interpretación historiográfica de los significados de un reinado. Algunas de las denuncias o reproches explícitos nos ayudan de forma apreciable a descubrir las llamativas «vías de agua», no ya de la reina, ni siquiera de la propia institución monárquica, sino de todo un conjunto que identificamos como sociedad y cultura liberal. Estas carencias o «negativos del progreso liberal» deben ser muy tenidos en cuenta a la hora de las valoraciones finales, tal y como se hace en el ponderado epílogo que cierra el libro, a cargo del editor.

Nada más incorporarse a sus nuevas tareas como ayo de la aún niña Isabel, en octubre de 1840, el venerado Manuel Quintana solicitaba por carta a los responsables de Palacio la adquisición de un globo terráqueo para la oportuna instrucción de la joven reina. El simbolismo que desprende aquella petición rutinaria de material escolar tan elemental (luego incluso enfatizado con el encargo de un retrato pictórico en el que Isabel apa-

rece instruyéndose con él) resulta, desde la distancia, paradigmático. Y es que una de las conclusiones compartidas a las que llegan en mayor o menor grado los diferentes perfiles isabelinos se concretan en la profunda desorientación e ignorancia que, a pesar del celo de Quintana y las lecciones de Geografía impartidas, manifestase la hija de Fernando VII a la hora de asumir y desempeñar las tareas propias de una reina constitucional.

Ahora bien, en ocasiones, pudiera parecer que exigimos a Isabel II y a su reinado la materialización de una monarquía parlamentaria (ya no sólo constitucional) moderna, y con ella, un exquisito sentido arbitral, una madurez constitucional y un impoluto respeto a la libre concurrencia de los partidos políticos, por ceñirnos tan sólo a la vertiente estrictamente política del universo liberal. Olvidamos, así, los poderosos condicionantes y los aparatosos anclajes a los que obedeció la siempre tambaleante construcción liberal en la España isabelina. Las páginas y las reflexiones de las que aquí damos cuenta nos facilitan una privilegiada panorámica de todos ellos. La honradez y la solvencia de los análisis trazados, la potencia de las imágenes sugeridas y la profundidad de las interpretaciones siguen ayudándonos a la reconciliación con los cenenarios. ¿Cuál es el próximo?

JOSÉ LUIS OLLERO